BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

Irina Razafimbelo

La aparición

Edición impresa

Irina Razafimbelo, «*La aparición*»

En

AA.VV. (2006) *De promisión.* Las Palmas de Gran Canaria: Puentepalo. (pp. 53-57)

Edición digital

Irina Razafimbelo, «*La aparición*» (2014)
Guillermo Pié Jahn y Dulcinea Tomás Cámara (eds.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Febrero de 2014

Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D «Literaturas africanas en español. Mediación literaria y hospitalidad poética desde los 90» (FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso

La aparición
Irina Razafimbelo

Ahora estoy aquí. Bajando, muy decidida, estas escaleras.

Ayer, para relajarme un rato, paseé por un parque llamado El Retiro. Me vi pisando un suelo extraño que no pertenece a mi raza. La tierra de aquí no es roja como la de mi isla, ni posee ese olor que tanto le gusta a mi olfato, sobre todo después de la lluvia. Cuando nací lo predijeron. Todo el mundo decía que un día yo me iría muy lejos, más allá del mar.

Y ahora estoy aquí, llena de sueños y esperanza; pero lejos de mi gente y de la tierra roja de Madagascar.

Cuando, hace unos meses, papá le anunció a la abuela que iba a irme al extranjero, ella cerró los ojos y asintió muy tranquila. Ya lo sabía; sólo estaba esperando el momento en que alguien se lo comunicara. Y es que su nietecita nació tal día que su hermano: un 22 de agosto; y por lo tanto su destino está inevitablemente unido al de este familiar muerto.

Más o menos la cosa fue así. Cuando mi madre estaba todavía en la sala de partos, la mujer de mi tío abuelo bajó a llamar por teléfono para anunciar la noticia a la familia. En aquel mismo momento, a unos seiscientos kilómetros de allí, mi abuela, ya preparada para empezar su trabajo diario de costurera, tuvo una aparición. Vio a su difunto hermano de pie, en el salón, justo al lado del teléfono. El hombre no dijo nada, sólo le sonrió un instante, y luego despareció. Ella comprendió que su hermano había venido para traerle una buena noticia; sin duda, el nacimiento de su nieto.

Pocos minutos después, sonó el aparato. Su cuñada, muy excitada, la llamaba para comunicarle la buena nueva, que todo había ido bien, que era una niña. Mi abuela respondió que ya, que se acababa de enterar, y que además sabía que la recién nacida iba a ser una persona de lo más presumida y viajera.

El hermano de mi abuela era un hombre excepcional, muy avanzado con respecto a la sociedad a la que pertenecía. Había viajado mucho de joven; había visto muchas cosas en el extranjero. Era diferente en todo: en la forma de vestir, en la manera de hablar, en el comportamiento por la calle y con los otros. Todo el mundo decía que era un hombre elegante, muy preocupado por el aspecto físico y la ropa. Era la atracción del barrio. No sólo porque era diferente y misterioso, sino también por su educación y simpatía hacia todo el mundo. Se le admiraba y respetaba mucho. No en vano papá, cuando se casó, lo eligió para que fuera su testigo. A mamá le impresionaba mucho su porte y personalidad. Pero, desgraciadamente, mis padres no pudieron disfrutar mucho tiempo del regreso de aquel hombre. Falleció a los pocos meses de la boda.

La cuestión, como decía, es que yo nací el mismo día que él. En Madagascar, cada cosa tiene su razón de ser, no existe la palabra coincidencia. Toda la familia estaba feliz con mi llegada. Iban a ver a mi madre al hospital con regalos y dinero. Todos coincidían en lo mismo: yo era la reencarnación del

hermano de mi abuela y había venido a este mundo en tanto que sustituta de un ser muy especial y muy querido por todos.

Me pasé la infancia escuchando las mismas frases: «Tena jejo mihitsy ity zaza ity, hoatr'azy». «May ohatran'ny boka hanambady indry».[1] «Manao hevi-dravina indry ka… Tsy haiko hoe iza no tahafin-dry!». «Esta niña es una coqueta, como él».

Muchas veces sorprendí a mi abuela mirándome de manera extraña. Esa forma de mirar siempre iba acompañada de un suspiro y una sonrisita cómplice en los labios. Decía que le recordaba tanto a su hermano… Que nunca olvidaría la visión que tuvo y el momento en que le anunciaron mi nacimiento. Cada vez que hablaba de mí acababa con un «jereo ity izy, dia tena izy navela».[2]

No importa que físicamente no me parezca en nada a aquel hombre que nunca conocí. En una sociedad en la que las creencias lo dominan todo, de nada sirve negar lo que es evidente. El mundo de los muertos está conectado con el de los vivos. Los ancestros están, por decirlo así, en el Más Acá, en el aire que respiramos; y nos cuidan de la misma manera que nosotros los cuidamos a ellos.

Aunque sus cuerpos, finamente embalsamados en la tumba familiar, ya no se muevan, sus almas están más vivas que nunca y lo comparten todo con sus descendientes.

En cualquier caso, mi vida está íntimamente ligada a la de aquel hombre excepcional. Debo aceptarlo: nací el mismo día y lo reencarno.

Es muy difícil crearse una identidad cuando a una se le ha etiquetado desde el primer día. Las cosas que haces para diferenciarte de los demás no vienen de ti, como ser independiente, sino que te vienen dadas por herencia y transmisión. Y a mí todo me viene dado por el famoso tío de mi padre.

Durante mi carrera universitaria, mucha gente, preocupada por mi porvenir, o simplemente por curiosidad, me preguntaba por qué diablos perdía el tiempo estudiando una lengua tan sumamente extraña e inútil como el español. Lo lógico hubiera sido estudiar algo científico, o bien Derecho, para ser abogada y poder ganar dinero.

Después de convencer a mis padres de la importancia de especializarme en el país de mis sueños, logré que me ayudaran a buscar los medios para financiar mi viaje a España. La abuela no puso reparos. Para ella, eso era normal. Hace años que lo estaba esperando. La pobrecilla lamentaba no tener mucho dinero para ofrecerme. No le importaba a dónde me iba. Lo esencial era que iba a cumplir con mi destino.

Ahora, por fin, estoy aquí. Los sueños impresionan menos que la pura realidad. Existe una conexión entre este país mediterráneo y yo. Una conexión muy fuerte que nadie puede explicar. Nadie, excepto mi familia, claro.

---

[1] «Eres impaciente como un leproso que va a casarse». «Haces ideas de hoja (ideas de bombero)… ¡No sé a quién me recuerdas!».
[2] «Miradla, es clavadita a él».

Hace apenas una semana que he llegado a Madrid. La ciudad aún no me ha abierto sus puertas. Estoy bajando las escaleras de este albergue que está agotando mis pocos ahorros. Debo encontrar, cuanto antes, una habitación en un piso compartido. Escalón a escalón, voy pensando en todo esto. Abajo, al final de las escaleras, veo un agujero rectangular por el que entra la luz de la mañana. Tras él, se mueven ríos de gente apresurada. Debo atravesar el portal para fundirme con la multitud de esta capital europea. Y allá voy. Sé que no va a ser fácil. Pero no tengo miedo: mi tío abuelo paterno está conmigo; y, a través de él, todos mis ancestros milenarios.